

Malentendidos culturales en una escuela norteamericana en Canarias

William A. Christian Jr.

Hace unos años los profesores norteamericanos de la American School of Las Palmas se encontraban perplejos y algo indignados. El alumnado, en su gran mayoría español, se comportaba en clase, e incluso los padres de los alumnos se comportaban fuera de clase, de una manera que los profesores no entendían. Había serios problemas de disciplina. Mi hija asistía a esa escuela y yo llevaba años en España. Para ayudar a los profesores y a sus alumnos, reflexioné y trabajé con ellos para identificar los malentendidos culturales.

Esta escuela fue fundada en 1965 por unas familias de norteamericanos que trabajan en una base de NASA en Gran Canaria y en los campos petrolíferos del Sahara. Cuando los norteamericanos se fueron de la isla, los padres de los niños españoles mantuvieron la escuela, que va de párvulos a COU, con unos 300 estudiantes en total. Aproximadamente 10% son coreanos (familias relacionadas con la pesca), 5% de origen Hindu o Sindi (familias comerciantes), menos de 1% norteamericanos, 5% con al menos un padre de otras nacionalidades, y aproximadamente 80% españoles. Hay en la escuela algunos profesores canarios para las clases en español, y unos veinte profesores norteamericanos, que vienen con contratos de dos

años. Gran Canaria es puerto franco y es altamente turístico; tiene cinco escuelas británicas, dos alemanas, una francesa, y una japonesa.

En el otoño de 1988 y la primavera de 1989 hicimos una encuesta entre los profesores que intentaban hacerles describir sus peores momentos en la escuela. En el texto cito después algunas de las respuestas. Luego, suponiendo que los profesores españoles sabrían manejar mejor a los estudiantes españoles, organizamos visitas de los profesores americanos a clases equivalentes en escuelas españolas. Cada profesora o profesor iba con un cuestionario para rellenar que le hacía fijarse en cuestiones de disciplina y comparar sus propias técnicas y el comportamiento de sus niños con el de la profesora y la clase observada. Algunos de los profesores españoles vinieron a observar las clases en nuestra escuela. Luego los profesores que participaron en estas observaciones se reunieron para cambiar impresiones, y les hice un resumen de los contrastes que habían encontrado entre los dos sistemas. Después elaboramos un folleto, «Cultural Survival in Las Palmas», para los recién incorporados a la escuela, con sugerencias de cómo adaptarse en la clase y en la calle. Al mismo tiempo hicimos una sesión informativa para los padres, explicándoles el punto de vista de los profesores.¹ Para este ensayo he hablado también con colegas con experiencia bi-nacional, con algunos estudiantes canarios que se habían ido por un año a los Estados Unidos, y con estudiantes norteamericanos que vinieron por un año a Canarias.²

A la pregunta ¿qué diferencias encuentras entre los niños de Las Palmas y aquellos a los que has enseñado en los Estados Unidos? una profesora contestó: «Los alumnos aquí son más maduros en cosas ‘humanas,’ (o sea, sus relaciones con otros, su comprensión del mundo adulto) pero menos en cosas ‘estudiantiles’ (o sea, en su responsabilidad para entregar

¹ Agradezco la participación en este estudio de Patsy Ward, Joyce Bezdicek, Mary Elizabeth Sneed, Joan Borsvold, Karen Flaxman, Richard Trinkner, Celine Hammond, Frank Olsen, Conchita Neira, Celi Ormazabal y Paloma Abellán.

² Agradezco la ayuda de Manu Santana Múgica, Marta, Mandy, y de James Amelang, Elena López, Naiara Goicolea, y Josefa Martínez Berriel. Mis gracias también a Fátima Martínez Berriel, Judith Buechler, Stanley Brandes, Renate Lellep Fernández, Pilar Fernández Cañadas, y Davydd Greenwood por sus sugerencias.

sus deberes, en 'cheating', en mentir a los profesores y a la administración)». Glosemos un poco esta respuesta. Cuando los niños en esta escuela utilizan el trabajo de otros en sus deberes o en exámenes, los niños lo llaman «copiar», y los profesores americanos lo llaman «cheating». La palabra *cheating* en este sentido lleva una carga moral que no tiene traducción en español (carga moral que sí lleva la palabra *tacaño*). Las traducciones que me da el diccionario, «timar» y «engañar», suenan más a hazaña que delito. Entre los niños «copiar» no es delito, sino todo lo contrario, una forma generosa y natural de ayuda. Para los niños que mejor entienden las lecciones dejar copiar es casi una obligación hacia los que no los entienden. Una niña vasca-canaria que estuvo en Luisiana por el curso de COU me contó indignada la falta de solidaridad entre compañeros norteamericanos. En su primer examen, cuando ella no entendía ni las instrucciones de la profesora ni las preguntas de respuestas múltiples, intentó mirar el examen de la chica de al lado. Pero la chica tapó el examen con el brazo para que no lo viera. Otra vez cuando un chico dio como pretexto por no haber hecho los deberes que había estado enfermo, los compañeros, y la propia novia del chico se chivaron a la profesora de que era mentira —que él había estado con ellos de juerga la noche anterior—. Esto, para la española, era inconcebible. «Vamos, si hacen eso aquí, sería chivato y se le señalaría con el dedo, y nadie le hablaría».

Lo que al parecer sorprende a los profesores norteamericanos en Las Palmas no es que se copie —en los Estados Unidos se copia también— sino que se copia sin sentido de culpa. Al contrario, alguien que no deja copiar, sea con deberes, en exámenes, o incluso temas de oposiciones, se considera egoísta y antisocial. En los Estados Unidos el trincar un estudiante en un plagio o copiando en un examen es motivo de expulsión de una escuela o una universidad. Un profesor que plagia puede perder su puesto.

Puede que esta diferencia responde a conceptos diferentes de la educación. En Canarias se educa a una persona, al menos en parte, para que sea sociable y cooperativa en la red de amistades y relaciones que hace al país funcionar. El compañerismo y la ayuda mutua serán muy útiles a los que lo aprenden bien. Pero los profesores norteamericanos vieron el copiar de otra manera. Para ellos delataba «una falta de responsabilidad individual», Una veía en ello «una falta de independencia y auto-suficiencia» y otra

recalcaba que este «*cheating*» significaba «la infravaloración de esfuerzo y capacidad individual». Nótese los términos «individual», «independencia», «auto-suficiencia». Estos profesores entienden su trabajo como la formación de individuos independientes y competitivos que pueden tomar decisiones originales y propias.

Para los niños, el «copiar» aquí es ilegal, en contra de las reglas, pero las reglas no son legítimas, así que el copiar no es inmoral.³ Uno puede que se avergüence por haberse dejado trincar copiando, pero no de haber copiado, y mucho menos de haberse dejado copiar. Una profesora inglesa, curtida por largos años en España, ve los dos lados--habla de «*cheating*» y también de «ayuda de unos a otros»: «Creo que *cheating* no está juzgado de la misma manera en España como en Inglaterra. [Los alumnos] saben que no debieran de «*cheat*» y no lo hacen si estoy alerta, pero si me descuido ellos *cheat* y *ayudan unos a otros* sin pensarlo. Esto para mí es muy difícil».

La diferencia entre los dos sistemas es en parte demográfico, en parte económico, y en parte responde a una diferencia inmensa en el tamaño y la extensión geográfica de los dos países. Hasta hace poco las familias españolas eran más largas. El sistema económico propiciaba la probabilidad de que, con trabajos y casas vitales, no sólo los hermanos, sino los tíos y los primos viviesen cerca. En América sólo ciertos sectores del menguado campesinado y pequeños reductos de obreros industriales tienen estabilidad de domicilio y trabajo. La movilidad en el trabajo y en la educación hace que las familias, ya en sí pequeñas, y las amistades perdurables estén fragmentadas a través del espacio, y que se forme y modifique continuamente el conjunto de amigas y amigos. Muchos hermanos casados se ven

³ Una profesora universitaria española que ha enseñado en los Estados Unidos comenta en relación a este apartado: "Los escolares [en España] disculpan (o racionalizan) su conducta de copiones ya que no consideran muchos de los tests razonables para el fin educativo. Consideran a veces a los tests como obstáculos con que miden el triunfo o el fracaso personal, no pruebas (en el sentido pedagógico). En mi experiencia, los estudiantes graduados españoles que estudian en los EEUU son tan responsables, estrictos y honestos como los norteamericanos. O sea, que cuando consideran que su trabajo es respetado como trabajo académico, responden consecuentemente."

en contadas ocasiones al año, o con intervalos más largos. Mis padres, que vivían en Connecticut, tenían hermanos o hermanas a unos miles de kilómetros en Tejas, Virginia, Ohio, y Iowa. Se veían con estos hermanos cada cinco años como mucho. Los primos de California nunca. Una vez con mi pareja canaria nos pusimos a comparar el número de parientes cuyos nombres conocíamos. Yo llegué a contar unos 20; ella unos 200. Sin embargo, si comparamos el número de conocidos en nuestras respectivas agendas, las proporciones están invertidas. Quizás el número de amistades íntimas, profundas, sería parecido. Pero en España es fácil que estos amigos del alma, tías y tíos postizos de nuestros hijos, vivan cerca, sean a su vez amigos entre ellos, y formen parte de la red familiar, mientras que en América, los muy amigos están esparcidos por todo el país, como los míos en Los Angeles, Chicago, Nashville, Washington, New York, y Boston. No son amigos entre ellos, y se mantienen en contacto conmigo sobre todo por carta o teléfono. Se comprende porque, en aquella sociedad fluctuante, las asociaciones e iglesias han suplido la falta de poder social del grupo doméstico.

Los entramados de cuñados, suegros, primos, e íntimos amigos, que todavía son como los hilos del tapiz de la sociedad mediterránea, sobreviven en Los Estados Unidos sólo en reductos étnicos de recién inmigrados, o barrios marginales. Allí el reducido núcleo de padres e hijos es pobre e inútil en la arena económica o política; funcionan más el curriculum vitae y las recomendaciones de autoridades reconocidas. Los dos sistemas sociales configuran formas distintas de educar a los hijos. La sociedad española, en la cual grupos compactos y extensos navegan juntos, prepara sus niños a cooperar. La sociedad más fragmentada y móvil de unidades más pequeñas de los Estados Unidos los prepara para la independencia.

Cuando los profesores norteamericanos fueron a observar clases en escuelas españolas, notaron sobre todo cómo los profesores españoles mantenían la calma. De alguna manera las cuestiones de orden estaban desligadas de las emociones, y los profesores canarios sabían mejor cómo controlar a los alumnos sin enfadarse. A una niña masticando un chicle «[la profesora canaria] le dijo simplemente, sin una mirada severa y sin voz enfadada, de tirarlo a la basura»; «a un niño que molestaba a otro le cambió de sitio; no fue amonestado, y la profesora no se inmutó; el

desplazarlo no fue ni reprimenda ni castigo, sino una solución»; «a un niño que estaba escribiendo sobre su mesa le mandó levantarse y limpiar la mesa —me hubiera enfadado y le hubiera mandado quedarse después de la clase para hablarle—». Estos profesores norteamericanos hubieran exigido más responsabilidad y admisión de culpa de los niños. Como profesores, intentan inculcar un auto-control. Los profesores canarios no esperaban que los niños reconocieran una culpa moral.

Otra discrepancia surge sobre el ruido («noise»). Cuando varias personas hablan a la vez, los profesores lo llaman ruido. Para los estudiantes es una conversación. En Inglaterra y los Estados Unidos los que no se criaron en familias numerosos, o sea, la enorme mayoría, no saben escuchar y contestar a más de una persona a la vez. Las conversaciones anglosajones se asemejan a minués pausados. Las conversaciones hispanas e italianas son como el jazz polifónico improvisado. Requieren un aprendizaje desde la niñez para saber cuándo y donde entrar para ser oído. Los miles de horas habladas más en una vida canaria que en una vida norteamericana afinan una gran habilidad. Puesto que los profesores no pueden seguir las múltiples voces de la conversación, para ellos es sólo «ruido».

Este ritmo distinto choca frontalmente con un minué con pausas. Una profesora escribe, «Encuentro muy irritante la costumbre de interrumpir y saltar la cola, por ejemplo, hacer preguntas en Correos, la estación de autobuses, o el supermercado, en vez de esperar. Ellos interrumpen y exponen su problema como si fuera más importante y más urgente que el tuyo, mientras que tú esperas». Y una profesora española en la misma escuela tiene problemas inversos con los profesores americanos «No se cuando puedo hablar con ellos». Aquí tanto en la conversación como en la cola, cualquier espacio, pausa, o cualquier resquicio se aprovecha. Allí cada intervención, cada turno, está acolchado con un momento respetuoso de silencio y espacio, y hay un espacio físico más grande entre personas en las colas. Aquí el silencio, al menos en zonas urbanas, es pesado e inquietante, se huye de él y se llena con lo que sea.

Me gustaría poder decir que con entender de algún modo éstas y otras diferencias se han solucionado los problemas de la escuela de mi hija. Ahora la administración explica a los nuevos llegados algunas de estas diferencias culturales y sugiere formas de resolverlas, y esto ha

mejorado algo las relaciones entre profesores y alumnos. Pero últimamente ha habido conflictos muy serios con los padres. La escuela en última instancia les pertenece a ellos, y al parecer la mayoría quiere, lógicamente, una escuela que sirva mejor para llegar a la Universidad de Salamanca que a la de Harvard y que prepare los alumnos mejor para su propia sociedad. Pero los conflictos, saldados con la salida masiva de profesores americanos, también se deben a malentendidos persistentes entre grupos de personas formadas en familias, escuelas, y culturas más distintas que lo que ellos mismos reconocen.